

Quedó todo unido en el ceremonial, gastos y dirección á los  
castillos de L'Hirman, se dejó al de Miramón.  
La guardia palatina, cuyo jefe era el conde de Hombrados, fue for-  
mada en su mayor parte de extranjeros á quienes se les dio un vistazo y  
rico uniforme; se reconoció el título de la sangre y casi real mexica-  
na de la familia de los Borja, y se otorgó el gran collar de se cam-  
pón de cuatro á cinco señores, exequencias, que eran grandes con-  
tes de San Carlos; del Gran Mariscal Almirante del Presidente del  
Consejo y de siete secretarios; del gran maestro de ceremonias y del  
único como mexicano, cuyos nombres y títulos, muy parecidos á los  
de los antiguos virreyes, son dignos de pasar á la posteridad. Don An-  
tonio Diezgo de la Pina, sucesor de Pedro Hurtado de Mendoza, Pa-  
redes, Rochel, Vivero y Valasco, Beaumont y Sore, conde del Valle  
de Oaxaca, vicario de San Miguel, Caballero de los Olivos y Am-  
plia gran chambelán de la Capitanía de México.  
Después de esto, según los consuetos del Estado, los conseje-  
ros honrarán los grandes cruces de la Orden de Guadalupe, los que  
dantes de campo, las cruces de San Carlos y los Generales de Divi-  
sión, la orden de San Fernando y la de San Juan de los Rios.  
Los chambelanes, ya residentes en México, ya fuera de él, eran de  
40 á 50, pues día por día se hacían nuevos nombramientos; los más  
cos de espaldas dos y los consulantes siete; los caballeros cinco ó  
diez, y las damas de honor y de palacio cosa de 40.  
Tal era la Corte de Maximiliano en la época de más plenitud, en el año  
que hemos trazado. En nuestra narración, hemos dado una sucinta  
idea de ella, valiéndonos del imperceptible trabajo llevado á cabo por  
el diligente y laborioso Layan y ante hechos tan notorios y con  
presencia de otros tan elocuentes, cabe soltanto cualquier comenta-  
rio, pues nosotros al exponer unas y otras sólo hemos tenido en aten-  
ta nuestro deber de historiadores y la esperanza que algunos de  
que el conocimiento de aquellos sucesos sirva de lección y saludable  
ejemplo, no menos que de poderoso motivo para volver en el lugar  
que corresponde á esos hombres eminentes, á quienes, incondicio-  
nal de la libertad y la Independencia, que prettieron toda clase de  
sacrificios y sacrificios á los ojos arrogantes de un dinástico con-  
trario con la ignominia.

La y se presentaban dentro del plazo de un mes, contado desde la fe-  
cha de la publicación del referido decreto, á prestar su adhesión al  
Imperio, quedaban en el pleno goce de los empleos y grades, que les  
correspondían.  
Hacia esta época penetró en el Estado de Puebla, por el rumbo  
del Sur el ciudadano Fernando M. Ortega.  
El Sr. Ortega desde su juventud en el partido liberal tenía resolu-  
ción de servir al país desde la revolución de Ayutla, que lo con-  
dujo entre sus decididos y entusiastas defensores, habiendo desempeña-  
do después años y honores en la administración pública.  
En el mismo sentido que antes de salir la heroica ciudad de  
Ximénez, el ciudadano Alvarado, suyo el cargo de Secretario del

### CAPITULO IV.

La situación en general.—Circular de la Regencia, referente á la presentación de milita-  
res que se adhirieran al Imperio.—Don Fernando M. Ortega.—Sus antecedentes.—Es  
nombrado Gobernador y Comandante Militar del Estado de Puebla.—Manifiesto que  
expide.—Prosigue la lucha.—Derrota de Bernardino García en Ayutla.—Combate en  
Chilchotla.—Triunfo de los republicanos en Petlalzingo y Ajalpa.—Id. en Zacatlán.—  
Id. en Cuayuca.—Id. en Tlapa.—Ataque á Zacatlán.—Otro id. á la misma población.  
—Indigna conducta de los invasores.—Bárbara circular de Bazaine.—Combate de Po-  
chinco.—Id. de Teteles.—Saqueo de Huachinango por un batallón de zuavos, al man-  
do del Coronel Tourre.—Reclamación del comerciante Don Manuel Andrade.—Es  
desechada en términos impropios por Bazaine.—Los plateados.—Asalto de la casa de  
Don José A. Palacios, en Zacatlán, por una gavilla de bandoleros.—Tormento á que se  
le somete.—Su muerte.—Antecedentes honrosos de este ciudadano.

Empezaba el año de 1864, en medio del fragor de la lucha que la  
nación sostenía contra el invasor francés y sus aliados los traidores:  
el país en general ofrecía el aterrador espectáculo de un vasto campo  
de batalla en el que las escenas de exterminio y de muerte se suce-  
dían con rapidez vertiginosa, á través de la desolación y los gritos de  
los combatientes.

El Estado de Puebla, fiel á sus tradiciones gloriosas de libertad y  
de civismo, continuaba en la brega haciendo digno alarde del valor  
y el patriotismo de sus buenos hijos, quienes cada día daban mues-  
tras elocuentes de su amor á la causa santa de la Independencia, y de  
su decisión inquebrantable de seguir defendiéndola hasta triunfar ó  
perecer en la demanda.

La llamada Regencia expidió un decreto con fecha 9 de Enero, de-  
clarando que los militares que se hallaran en las filas de los *disiden-*



tes y se presentaran dentro del plazo de un mes, contado desde la fecha de la publicación del referido decreto, á prestar su adhesión al Imperio, quedarían en el pleno goce de los empleos y grados que les estuviesen reconocidos.

Hacia esta época, penetró en el Estado de Puebla, por el rumbo del Sur, el ciudadano Fernando M. Ortega.

Filiado desde su juventud en el partido liberal, tenía prestados importantes servicios al país, desde la revolución de Ayutla, que lo contó entre sus decididos y entusiastas defensores, habiendo desempeñado después altos y honoríficos puestos en la administración pública.

En el último asedio que acababa de sufrir la heroica ciudad de Zaragoza, el ciudadano aludido sirvió el empleo de Secretario del Gobierno y Comandancia Militar del Estado, á cuyo frente se halló, durante esa época de imperecederos recuerdos, el insigne González Ortega, quien, justo apreciador del mérito y valía de su subordinado, no tuvo inconveniente en recomendarlo al Supremo Gobierno, haciendo de él una mención altamente honrosa en el parte oficial que rindió acerca de aquel hecho memorable.

El patriota General Don Porfirio Díaz, que mandaba la línea de Oriente de la República, teniendo en cuenta las circunstancias indicadas, tuvo á bien nombrarlo para el mando superior del Estado de

1 Decía á tal respecto el ameritado González Ortega:

"Ya he dicho á Ud. señor Ministro, que no recuerdo los nombres de multitud de jefes y oficiales é individuos de la clase de tropa que se distinguieron en el sitio de Zaragoza por su valor, subordinación y por los servicios prestados al Cuerpo del Ejército de Oriente....; pero entre estos últimos se halla el Secretario de la Comandancia del Estado de Puebla, Coronel Don Fernando M. Ortega, quien con su carácter de Secretario y Coronel prestó servicios de la más alta importancia en la defensa de Zaragoza.

"A todas horas del día y de la noche se le veía en el Palacio, cumpliendo con fidelidad, valor y exactitud todas las órdenes que le daba, y en las que me servía muchísimo la vasta y merecida influencia que goza en el Estado de Puebla.

"Unas veces lo empleaba en que me sacara víveres y recursos, entrando en convenios con los particulares para que éstos fueran molestados lo menos posible; otras en que me construyeran por su conducto instrumentos de zapa, en que se aglomeraran en grandes cantidades, saquillos á tierra y otros elementos de esta naturaleza, indispensables para la defensa.

"Al tiempo de rendirse la Plaza, estuvo en Palacio, manifestándome que iba á correr la suerte de sus compañeros. Después y por mi orden salió para México.

"Los servicios de este buen mexicano debe considerarlos de primer orden la Nación, juzgando con toda imparcialidad."

Puebla, de donde era originario; y en cumplimiento de esa disposición, Ortega se presentó en el campo de los independientes lanzando antes un entusiasta manifiesto, en el que, después de hacer la historia de la Intervención, describiendo prolijamente sus distintas fases, y los medios inicuos de que se valió el déspota francés para llevarla á término; después de hacer una pintura verídica del estado en que se encontraba la Nación, á causa de ese odioso atentado, y de denunciar las falsas promesas que se le hacían para dominarla, excitaba al pueblo para continuar la lucha, y terminaba así:

"Si todos los mexicanos deben repeler la mancha de traidores, más deben hacerlo los buenos hijos del Estado de Puebla, en cuyo territorio se han levantado los monumentos de perdurable gloria que encierran los memorables días del "5 de Mayo" y "25 de Abril."

"A las armas, poblanos, y al grito de: "Viva la Independencia y la Constitución, Viva el Supremo Gobierno Constitucional y el bizarro General Díaz, en Jefe de la línea de Oriente," marchemos al combate, que Dios, la razón y la justicia amparan nuestra noble causa."

Estos conceptos patrióticos, emitidos con todo el ardor que prestan la fe y el entusiasmo, encontraron buena acogida en el Estado, donde, como podrá verse por la serie de hechos de armas que pasamos á enumerar, la guerra seguía sin tregua ni descanso.

Con fecha 4 de Enero, participó el coronel Don Pedro G. Gavito, al Prefecto de Matamoros, que en el expresado día el Comandante Rodríguez derrotó al Jefe disidente Bernardino García, por el rumbo de Axutla, quitándole algunas armas.

Por parte telegráfico, fechado el 10 del mismo Enero, participó D. Fernando Pardo, Prefecto Político del Departamento de Puebla, que el traidor Rodríguez Bocardo con las guardias civiles de San Juan de los Llanos, Tlatlauqui y Zacapoaxtla, ocupó la ciudad de Teziutlán, después de dos horas de fuego, cayendo prisioneros el General Don Lázaro de la Garza Ayala que mandaba en Jefe, y el Ex-Coronel D. Ignacio Romero Vargas, tomando ciento y tantos fusiles y gran cantidad de municiones.

Entre las personas que se hallaban como refugiadas en dicha población, se encontraba el General D. Manuel Andrade Párraga, quien, habiendo sido ocupada por los asaltantes la posada que le servía de asilo, con una sangre fría admirable se salió de la casa, pasando por



entre el enemigo y se retiró á una de las barrancas inmediatas, desde donde habiendo podido reunir unos cuantos milicianos de la localidad, empezó á hacer fuego á los invasores, lo que fué suficiente para que éstos precipitaran su salida, pues sólo permanecieron en la plaza unas cuantas horas, llevándose como trofeos los prisioneros, algunas armas y parque.

Fuerzas republicanas, procedentes de Zacatlán, tuvieron un encuentro en los alrededores de Chignahuapan el día 12, retirándose en seguida ambas fuerzas á sus respectivas posiciones.

Don Hermenegildo Carrillo comunicó al Prefecto de Chalchicomula, con fecha 13 de Abril, haber ocupado con su tropa el pueblo de Chilchotla, dispersando una fuerza de republicanos que allí estaba, y la cual, en ese estado, se retiró á la barranca de Xoltepec, donde perseguida por dicho traidor, fué derrotada, haciéndole cuatro muertos y cinco prisioneros.

Ampliando el parte anterior, dijo el 10 de Mayo, en nota que dirigió á la misma autoridad, que en la persecución que hizo al enemigo, en unión de una columna francesa, se le tomaron 60 prisioneros, entre ellos á los capitanes Clemente Lozada y Ponce de León. Lozada y 10 ciudadanos de Chilchotla fueron pasados por las armas el mismo día 10.

Según informe del Prefecto Municipal de Matamoros, Don Vital Escamilla, fuerzas republicanas en número respetable, y al mando del General Rafael Benavides, amagaron la villa de Acatlán á mediados de Abril, dirigiéndose en seguida hacia Tepexi é Ixcaquistla, regresando después á Huajuapán, punto de partida, en número de dos mil hombres.

El siguiente parte explica ese movimiento, y da cuenta de un triunfo obtenido por los republicanos.

“República Mexicana. — Ejército Constitucional. — División de Oriente. — Estado Mayor. — Habiendo tenido noticia que los franceses reunidos á los traidores de Trujeque, intentaron un reconocimiento de sorpresa sobre el destacamento de Simarrones, al mando del Coronel Díaz, después de haberse retirado de dicho punto el 2º Cuerpo “Lanceros de San Luis,” emprendí mi marcha de Huajuapán en la madrugada del día 12, con los batallones Morelos y 4º de Sinaloa y cuatro obuses de montaña, y recogiendo á mi paso por Huajolotitlán

la Legión del Norte: luego que llegué á Simarrones hice avanzar hasta Magdalena toda la caballería, al mando del General Escobedo.

“Al amanecer de ese día llegaron aquí los invasores y traidores, con dos piezas, procedentes de Acatlán, y reunidas á Trujeque, avanzaron aquéllos hasta el Idolo, sobre la vía de Tepejillo, y parte de la caballería de Trujeque sobre la de Ayú, habiendo contenido su marcha, por haber sabido mi salida de Huajuapán.

“Ayer destaqué la caballería sobre este punto, y yo con la infantería vine á situarme al rancho de Villagómez, sobre la vía de Chila, distante de aquí un kilómetro. Mis disposiciones todas fueron tomadas en la seguridad de que el enemigo esperaría á pie firme y á campo raso, ó en las ventajosas posiciones que ofrece este punto, previamente fortificado; pero en esta vez también mis esperanzas fueron desvanecidas por la violenta fuga emprendida por los invasores, á las tres de la mañana de ayer, dejando á Trujeque en observación. Visto, pues, el General Escobedo, á las once del día decidió cargarle resueltamente, pero siguiendo el ejemplo de los franceses, Trujeque esquivó el combate, huyendo á toda rienda para librarse de la persecución que se le hizo hasta el punto de la Aguasilla, sobre Acatlán, que dista de aquí uno y medio kilómetros.

“El Gral. Escobedo, con la caballería ha marchado hoy hasta avistarse á Acatlán, y hacer una formal demostración para atraerse fuera de la población alguna fuerza, y batirla en los casos previstos sobre que ha recibido instrucciones.

“Un nuevo triunfo sobre el usurpado crédito de los franceses han obtenido estas valientes tropas, por lo que me congratulo con Ud., teniendo el gusto de manifestarle, que todas á la vez han observado la más recomendable conducta, demostrando su entusiasmo patriótico y su valor para entrar en fuego.

“Protesto á Ud. mi obediencia.

“Independencia y Libertad. — Petlalcingo, Abril 14 de 1864. — *Rafael Benavides*. — Ciudadano General en jefe de la línea de Oriente.”

El día 18 del mismo mes, sabedor el Coronel Carreón de que los franceses habían armado y municionado á algunos pueblos del Distrito de Tehuacán, especialmente al de Ajalpa, dispuso que el Teniente Coronel Ladislao Cacho, con las fuerzas de su mando, pasara á aquella población y aprovechara el momento en que los afrancesados



se ocuparan de instruirse en el manejo del arma, y de este modo encontrar en un solo punto el armamento referido.

La tropa republicana se movió de Teotitlán del Camino, á las diez de la mañana del 17; y estuvo tan acertada en sus operaciones que llegó en el momento oportuno, y después de sostener un combate, derrotó á los titulados "Guardias Imperiales," quedando en su poder como trofeos de la victoria, 26 fusiles, 4 mosquetes, una caja de parque y seis prisioneros.

El Domingo de Ramos de la Cuaresma de este año, fué atacada la ciudad de Zacatlán por una fuerza numerosa de traidores, procedente del inmediato pueblo de Chignahuapan: el combate empezó como á las nueve de la mañana, en uno de los barrios más cercanos á la población, hacia el rumbo del Poniente; y la tropa republicana, mandada por el intrépido coronel Dimas López, se condujo con tal valor y denuedo, que después de dos horas de reñido combate arremetió á la bayoneta al enemigo, dispersándolo completamente, y persiguiéndolo en una extensión de más de dos leguas.

Bastantes armas y un regular número de municiones, como cuarenta cadáveres que quedaron regados en el trayecto, y muchos heridos y prisioneros, tal fué el resultado de esta victoria, en la que se portaron digna y valientemente los soldados del batallón Guardia Nacional de la referida población, dirigidos por el bizarro Comandante Mariano Domínguez, que murió en la pelea, víctima de su temeridad y arrojo, y por los denodados capitanes Antonio Aldana, Ramón Morales, Antonio Galindo y Galindo, Faustino González y el resto de la oficialidad.

El bravo comandante de caballería Antonio Galeote, al frente de una pequeña sección de su tropa, se portó, lo mismo que su segundo, Vicente Herrera, con un valor y decisión tales, que nada dejaron que desear, viniendo con ello á coronar el buen éxito de una jornada que colocó en lugar distinguido el honor y lustre de la armas republicanas, y dejó bien escarmentado á un enemigo pérfido y obsecado, que tanto se distinguió por sus instintos de crueldad y de barbarie.

Con el objeto de practicar una exploración, el General Cravioto destacó de Huauchinango la mañana del 19 de Abril sobre el vecino pueblo de Acaxochitlán, una sección de caballería de cosa de cien hombres, mandada por el valiente Antonio Pérez, que fungía de jefe

de los llamados *plateados*, y en la que se contaban como 50 hombres de los suyos.

Habiendo llegado oportunamente á Tulancingo la noticia de este movimiento, fuerzas respetables salieron en persecución de los republicanos, viniendo á la vanguardia el famoso escuadrón de traidores de Chignahuapan.

Pérez emprendió la retirada, pero no tan violenta que le impidiera ser alcanzado por el enemigo, y atacado duramente por éste en una vasta extensión, de manera tal, que si no se llegaba antes que aquel á un punto estratégico del camino, y que era el puente de Totolapa, la derrota podía juzgarse como infalible.

La fuerza de *plateados*, aunque corta, era de un valor á toda prueba, y esto hacía que el éxito se mantuviera indeciso; sin embargo, llegó el momento en que el enemigo se creyó triunfante, pues se encontraba á unos cuantos pasos de distancia del puente en cuestión. Entonces, un individuo apellidado Céspedes, que tenía el grado de Capitán, y que era muy distinguido entre sus bravos camaradas, por su temeridad y arrojo, rápido como el pensamiento, se apeó de su caballo, lo mató en el acto y arrojó el cadáver en algo que se asemejaba á un estrecho desfiladero, que quedó cubierto; y parapetándose tras de aquella muralla de carne, solo, pero valiente y denodado, favorecido por lo escabroso del terreno, empezó á hacer fuego con tan buen éxito por lo certero y preciso de los disparos, que dió tiempo á que llegaran sus compañeros; y juntos, entablando combates personales, lograron rechazar á los traidores, que se vieron obligados á hacer alto ante aquella fortaleza improvisada, que no pudieron tomar, y que los forzó á emprender la retirada.

Céspedes, el terrible guerrillero que tanto se hizo admirar por su brillante comportamiento, fué el héroe de la jornada y el salvador de la fuerza, que escapó de las garras de un adversario formidable, y que pudo volver al punto de partida con la pérdida de algunos soldados que lanceó el enemigo, y conduciendo tres heridos, entre los que se contó al Jefe Antonio Pérez.<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Los actos de valor entre estos hombres durante aquella terrible lucha, se repetían con pasmosa frecuencia.

En uno de tantos ataques dados al pueblo de Chignahuapan, centro de las operaciones